

¿Por qué vino Carasco a México?

La cineasta y filósofa Raymonde Carasco (1939-2009) después de seguir los cursos de Gilles Deleuze y Roland Barthes en Francia y defender una tesis: *La fantastique des philosophes*, viaja a México en julio de 1976 bajo el impulso, dice la leyenda, de una vidente gitana en Tolouse. Ahí, durante los siguientes treinta años de su vida y hasta su muerte, realizaría una de las obras cinematográficas más singulares sobre y con el pueblo rarámuri, compuesta por más de veinte películas en colaboración con su compañero de vida, cine-fotógrafo y montajista, Régis Hébraud.

Carasco partió tras las huellas de Sergei Eisenstein y Antonin Artaud y en la Sierra Tarahumara conocería y se ligaría en amistad con Erasmo Palma, músico y poeta, y Ceverico, chamán tarahumara.

La particularidad de la obra de Carasco y Hébraud se define a partir de lo que propone y no propone su gran “fresco Tarahumara”, para citar a su amiga, la programadora y crítica Nicole Benez. Las películas,

en efecto, no proponen un saber positivo de la cultura y las tradiciones de los habitantes de la sierra: se posicionan en un intersticio, el que se abre entre la poesía y el cine. En primer lugar, a través del diálogo y la dislocación de los textos de Artaud, leídos por Carasco o por el cineasta Jean Rouch, amigo y consejero de Carasco en el *Comité du film ethnographique*, y el intersticio del cine etnográfico y el experimental, Carasco dialoga con Erasmo y Ceverico para entender los rituales indios y lo que ellos entienden por *visión*, chamánica o, en palabras de Carasco, el trabajo del sueño. Pero el componente central de su cine pasa por el cinetismo, la dislocación y reconstrucción de las acciones mediante la fotografía y el montaje, la aparición y el deslizamiento de motivos figurativos y abstractos, gestos humanos y animales, caprichos geográficos y atmosféricos.

La obra de Carasco fue una búsqueda constante del *evento* —“l'événement”—, que no es otra cosa que el punto de encuentro, transitorio, fugaz,

entre el mundo y la subjetividad. Como en las mejores películas de Jonas Mekas o Stan Brakhage, su cine reestructura el acontecimiento mediante una atención extensiva e intensiva del hombre y la naturaleza, donde el sentido profundo de las cosas se produce mediante el rasgueo de un violín, el andar de una muchacha o las formaciones rocosas y los senderos de la Sierra Tarahumara.

Como homenaje a Raymonde Carasco, reproducimos algunos fotogramas de sus películas seleccionados por Régis Hébraud. Agradecemos profundamente su generosidad, lo mismo que a Varinia Nieto, cuyo libro *Cinema ciguri* —sobre la aventura tarahumara de los cineastas— se publicará próximamente en la serie “*Adugo biri: etnopoéticas*”, del Instituto de Investigaciones Filológicas y el Laboratorio Materiales Orales de la UNAM.

Finalmente, en este montaje-edición, pretendemos realizar un pequeño homenaje a la página doble realizada por Eisenstein para la revista *Documents*, en 1930.



